

CATALUNYA

*Ricardo
Lindo*

Nació en San Salvador el 11 de Abril de 1947

Ha publicado poemas y cuentos Estudia en París, Francia

Su libro de cuentos **XXX** obtuvo mención honorífica en el Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, de 1968.



EL TIEMPO ES UN GRAN BORRADOR AUTOMÁTICO

el tiempo es un gran borrador automático
Pepe, un amigo mío

A Gabriel García Márquez, demiurgo, incli-
nando tres veces mi cráneo hasta los suelos

Un mediodía hace mil años vimos surgir los ojos de Mercedes de un charco de lluvia. Después florecieron las manos, el pelo, la boca, la nariz, en diversos lugares de la planicie. Cuando al día siguiente todos los gallos gritaron dos horas antes de amanecer, comprendimos que Mercedes había nacido.

En efecto, venía hacia nosotros con un caminar reposado, toda ella redondeces y tranquilo almíbar.

Le dimos la bienvenida mientras la abuela ciega aplaudía con todas sus fuerzas desde el cajón.

Era tímida y cortés, y conocía nuestros nombres de antemano. Se incorporó a la comunidad sin hacer ruido. Molía con paciencia los granos de maíz sobre la piedra, pero a veces se exasperaba y decía:

—¡Esto es una mierda! ¡Cuándo llegarán los españoles y nos descubrirán! Pues tenía la idea de que le traerían un molinillo mecánico.

Se nos metió hasta los huesos sin saberlo. Todos la amábamos, los viejos con distancia, nosotros febrilmente, acordándonos de ella cuando dábamos vueltas, inquietos, en la cama solitaria. Pero ella no cedía ante nadie y nos esquivaba con recato silvestre. Yo creo que ese recato tenía mucho de aprendido. En una ocasión la sorprendí riendo con descaro entre los secretes de sus amigas. Pero en cuanto veía a alguno de nosotros adoptaba una máscara huraña y tozuda, y sólo podíamos acercarnos a ella en sus extraños momentos de exaltación.

Un príncipe muchas veces desafiado por ella llegó a tal grado de desesperación que se disparó una flecha en la sien. No murió, pero quedó idiota.

Cuando el Gran Sacerdote elevaba a los Dioses de Jade corazones sangrantes, desde el país de Jade llegaban cántaros de chicha y presentes para los príncipes.

Mercedes no era de familia de Ahau, y no participaba de los presentes.

En cambio, después del sacrificio del 13 Ahau Katún bebió chicha y se emborrachó. Todos nos emborrachamos con ella, incluso los que no habían bebido. Mercedes era todos nosotros.

Únicamente entonces comprendimos cuánto la amábamos. Por su impulso telúrico vimos su sueño de hombres blancos como la pus, que venían a carcajadas sobre el mar.

Los astrólogos confirmaron la profecía de Mercedes. Estaba escrita en las piedras. Los astrólogos fueron más allá. Dieron la fecha exacta de su llegada.

A medida que la fecha se acercaba, la expectación crecía.

Provistos de laiguísimos catalejos, los hombres-tigres vigilaban en las terrazas de los templos.

Cuando el día señalado llegó, todo el pueblo miró hacia el mar.

Habían llevado provisiones de comida para no apartar la mirada forzados por el hambre. Ni siquiera se levantó nadie a hacer sus necesidades.

El sol comenzó a sumergirse. Desentaron los primeros. Ya tarde, en la noche, aún quedaban muchos mirando inútilmente.

Los astrólogos reconocieron su error. Fijaron una nueva fecha. Esta también llegó, y se fue, y la gente comenzó a desconfiar de la existencia de los hombres blancos, y se llamó tonta por haber creído en un sueño de jade, y se rió de Mercedes. Ella persistió en su locura.

Un día los niños encontraron en la playa una gran tortuga moribunda. Jugaron con ella, le arrojaron piedritas y le jalaban la cola hasta avanzarla. Entonces la abuela ciega se dio cuenta, salió del cajón, y espantó a los niños con una navaja. Al palpar a la tortuga, su encanecida conciencia de adivina le dijo que el reptil había visto hombres blancos no hacía mucho. La noticia se extendió por el pueblo. La gente revivió el sueño de Mercedes, olvidado. Katunes atrás, y consideró que probablemente los hombres blancos se habían extraviado, y por eso no habían llegado a tiempo.

Fue nombrada una comisión para buscarlos. Fui de los elegidos. Fabricamos una canoa para cincuenta hombres y partimos con una brújula, un astrolabio y varios catalejos.

Navegamos hacia el Nordeste, dirección en la cual afirmaban los astrólogos que estaba Europa, pues sospechamos que los extranjeros venían de ahí.

Al comienzo llevamos un meticuloso diario de navegación. Después de varios días comprobamos que lo que decía una página era rigurosamente igual a lo que decía la anterior, y así sucesivamente. Optamos por no gastar más tinta. Un siglo después encontré por azar el diario, y me dediqué a describir en él el vuelo de una gaviota.

Una noche uno de mis compañeros observó el cielo, y quiso comprobar nuestra posición con el astrolabio para distraerse. Cuando lo hubo hecho, las plumas se le erizaron.

—¡Carajo! —gritó.

Lo volvimos a ver perezosamente. Fue entonces cuando supimos que nos habíamos salido del tiempo. Nadie conocía las estrellas que nos miraban y su postura permanecía idéntica por mucho que avanzáramos durante días en cualquier dirección. La brújula no funcionaba, y el horizonte, en lugar de ser

curvo, era una línea recta que se hundía en el infinito. Quién sabe cuándo nos salimos. Estábamos tan lejos de nuestro tiempo que apenas recordábamos cómo eran las cosas antes de que estuviéramos en la canoa. Apenas el recuerdo de Mercedes permanecía intacto. Pero también se fue desintegrando. Una mañana descubrimos que habíamos olvidado los cincuenta su oreja derecha. Hablábamos constantemente de ella para retener su imagen entre nosotros, pero el proceso continuó implacable. Olvidamos su pie derecho, sus manos, sus cabellos. Únicamente nos quedó la memoria de sus ojos. Siete días más tarde, tres pestañas desaparecieron de su ojo izquierdo. Asistimos con impotencia a la destrucción total.

Ahora sólo nos queda un nombre. Esperamos que sus letras se nos apaguen, y entonces seremos tan vacíos como esas tribus de peces mongólicos que a veces vemos pasar.

AÑO K DE LA ERA GALACTICA

El hombrecito verde N° 1 se deslizó tranquilamente por la Avenida Ricardo Lindo cuando se materializó junto a él el hombrecito verde N° 2.

—Galup —dijo el hombrecito verde N° 1.

—Galup galup —respondió con extraordinaria cortesía el hombrecito verde N° 2.

Siguieron deslizándose en silencio. Se detuvieron al llegar a la estatua de Ricardo Lindo, que se erigía sobre una carga de energía pura. Desde el interior de un gran ojo de vidrio, el rostro del Maestro escrutaba el infinito con esa mirada luminosa de sus últimos años, o, ¿quién sabe? acaso las insondables profundidades de su alma. Su colmillo izquierdo horadaba distraidamente una goma de borrar que pasaba por ahí.

—Según la teoría de Hernández Aguirre —dijo el hombrecito verde N° 2— Lindo no existió nunca y es en realidad un mito del inconsciente colectivo materializado galup galup.

El primer hombrecito se indignó. Conservaba de su estado amorfo una gran admiración por el Maestro. Tenía sus Obras Completas empastadas en cuero de ictosaurio auténtico, y había visto veinte veces el film de Galán "Un hombre y su Odisea".

La discusión se prolongó hasta el invierno. Los argumentos del hombrecito N° 2 eran muy sensatos pero se repetían constantemente. Los argumentos del hombrecito N° 1, en cambio, eran todos muy estúpidos pero de gran imaginación y versatilidad.

Actualmente, ambos se han dividido y subdividido numerosas veces siguiendo las leyes de la partenogénesis dictadas por el gobierno el año F, y sus descendientes prosiguen la discusión. Los del hombrequito N° 2 han intensificado los rasgos de su predecesor. Sus argumentos son cada vez menos y cada vez más sólidos. Por su parte, los descendientes del hombrequito N° 1 han esgrimido tal cantidad de disparatados argumentos que han sido necesarias tres computadoras electrónicas para su contabilidad y clasificación galup galup.